

Habian dado entre tanto nueva y mayor consistencia á esta reforma de la opinion general las desgracias políticas que affligieron á España desde el primer tercio del siglo, refugiados en Inglaterra no pocos hombres ilustres, que buscaron en el cultivo de las letras la paz y sosiego, de que habian sido despojados al huir de sus hogares. Con título de *Ocios de españoles emigrados* salió á luz en la capital del Reino Unido cierta especie de revista, donde se trataron ámpliamente cuestiones históricas, filosóficas y literarias, las cuales si bien no siempre llevaron el sello del acierto ni se dilucidaban con la profundidad que pedian de suyo, contribuyeron sin duda, con otras publicaciones, tales como ediciones de antiguos poemas, romances, novelas é historias, á fomentar aquella afición á las letras españolas, de que daba tan claro testimonio el diligente Depping al coleccionar su *Romancero* (1825), y que trasfiriéndose del lado allá de los mares, iba á producir por último, con los trabajos históricos de Irwing, Prescott y otros distinguidos americanos, una *Historia de la literatura española*.

Bien se advertirá que nos referimos á Mr. Jorge Ticknor, cuya publicacion vino á sorprendernos agradablemente en medio de nuestras vigiliass, infundiéndonos nuevo aliento respecto de la idea que nos animaba, y fé nueva respecto del plan adoptado por nosotros para darle cima. Ticknor es sin duda uno de los escritores extraños que más grandes esfuerzos han hecho para descubrir los olvidados tesoros de la literatura española, mereciendo bajo este punto de vista toda consideracion y elogio. Consagrado por mucho tiempo á la adquisicion de los más raros libros que produjeron nuestros celebrados ingenios; auxiliado en tan penosas tareas por diligentes bibliófilos españoles, no sólo ha excedido en estas investigaciones á cuantos habian intentado trazar la historia de nuestra literatura, sino que ha logrado acopiar muchas y muy peregrinas noticias, aun para los que llevan el nombre de eruditos. Mas si respecto de la riqueza y abundancia de datos bibliográficos, y con relacion á ciertas épocas, es la *Historia de la literatura española* de Mr. Jorge Ticknor digna de verdadera alabanza; si ha obtenido en esta parte útiles y plausibles resultados, no puede en justicia concedérsele igual lauro respecto del plan y método de su obra, donde ni salta desde luego á la vista un pensamiento fecun-

do y trascendental que le sirva de norte, ni menos se descubren las huellas majestuosas de aquella civilizacion que se engendra al grito de patria y religion en las montañas de Asturias, Aragon y Navarra, se desarrolla y crece alimentada por el santo fuego de la fé y de la libertad, y sometiendo á su imperio cuantos elementos de vida se le acercan, llega triunfante á los muros de Granada y se derrama despues por el África, el Asia y la América con verdadero asombro de Europa¹. Ticknor nada ha adelantado en este punto respecto de los escritores que le precedieron en el continente europeo, siguiendo el movimiento impreso á la ciencia crítica por los alemanes.

Entre los que obedecian esta ley superior, si bien no les era dado alcanzar toda su trascendencia, habíase señalado entre tanto el ginebrino Sismonde de Sismondi, famoso como publicista por sus *Estudios de los pueblos libres*, y como historiador por su *Historia de las Repúblicas italianas*. Dotado de no vulgar erudicion, acometió Sismondi la empresa de la *Historia de la literatura del Mediodia*, donde no podia negar el puesto merecido á la española. Pero ya fuese porque realmente no acertó á descubrir, como no lo ha logrado despues Ticknor, los principios fundamentales de nuestra civilizacion, cual indestructibles cánones de nuestra historia, ya porque no le fué dado desprenderse del espíritu de secta que ofusca á la continua los más claros entendimientos, Sismondi declama contra las costumbres españolas, cuya noble fiereza no comprende; condena la exaltacion del elemento religioso, cuyo poder desconoce, y se espanta del altivo pundonor castellano, que tan poderosamente se refleja en to-

¹ Publicamos en el periódico *La España*, y reprodujeron despues *El Eco Universitario*, *El Eco Literario* y la *Revista Universal* (1851), hasta tres largos artículos críticos sobre esta *Historia de la literatura española*, con el propósito de manifestar que no era temerario, como algunos creyeron, el proseguir los presentes estudios, á que habiamos consagrado largos años y vigiliass. En ellos apareció plenamente comprobado el juicio que aquí exponemos, protestando aquí, como allí, de que sólo nos animan el deseo del acierto y la verdadera gloria de la patria. La obra de Ticknor ha sido traducida al castellano y enriquecida con abundantes y curiosas notas por personas tan competentes como el académico don Pascual Gayangos y don Enrique Vedia.

das las obras del arte español, porque no le era dado sentirlo. Cegado por el genio de la incredulidad, que habia formado su educacion, no pudo en mal hora contemplar aquellos bellísimos cuadros de costumbres, ni apreciar aquellas vigorosas creencias, aquellos impetuosos sentimientos que habian llenado el suelo español, constituyendo el carácter de sus hijos. Negándoles su verdad, su originalidad y su grandeza, no vió que negaba la existencia de todo un pueblo, ni advirtió tampoco que eran estériles todas las afirmaciones de su crítica, porque se hallaban desmentidas por la historia. Sismondi prestó sin embargo en la *de la Literatura del Mediodia* un verdadero servicio á la española, contribuyendo á hacer conocidos sus tesoros; porque tal es el privilegio de la historia, que á pesar de sus extravíos y de sus errores, jamás renuncia á ser maestra de la vida ¹.

Más tardios en recibir la nueva influencia de la crítica alemana en cuanto á nuestras letras, ya por el respeto que les inspiraban las censuras de Boileau y la sentenciosa resolucion con que al mediar del siglo las condenaba también Montesquieu, ya porque convirtieran todas sus fuerzas á echar los fundamentos al estudio filosófico de la poesía y del arte, tarea en que lograban distinguirse los Batteux, los André, los Marmontel y los La Harpe, ya en fin porque no sospecharan que era digna de maduro estudio la literatura de un pueblo, cuyos eruditos renegaban de sus glorias, confesándose imitadores de los ingenios franceses,—viéronse durante casi todo el último siglo menospreciados del lado allá de los Pirineos los monumentos del arte español, autorizada y aun aplaudida entre los doctos la absurda pregunta de Mr. Masson, que nos condenaba á perpétua barbarie. Habíase olvidado con notable ingratitud que Rotrou, Quinault, Tomás Corneille y Scarron solo brillaron en la escena francesa, como imitadores y

¹ La parte relativa á España fué publicada por nosotros en Sevilla durante los años de 1841 y 1842. Añadimosle casi otro tanto y procuramos rebatir las duras acusaciones de Sismondi y desvanecer sus errores literarios, con toda la circunspeccion y energía que el asunto solicitaba. De nuestros *Apéndices, Notas é Ilustraciones* se desprende el mismo juicio, que aquí hemos procurado reducir á los más precisos términos.

aun traductores más ó menos afortunados, de Lope de Vega y sus discípulos: ignorábase, ó mejor dicho, afectábase ignorar que el gran Corneille y el no menos esclarecido Moliere se habian formado con el estudio de la escuela española ¹; y mientras llevados de noble solicitud, se entregaban los eruditos á la investigacion y estudio de la antigua poesía francesa, aplaudidas vigiliias en que florecen un Fauchet, un Barbazan, un Legrand d'Aussy, un Rochefort y otros, apenas tuvieron una palabra para los primitivos monumentos del arte castellano, colmando en cambio de injustos dieterios y de amargas calificaciones la Era más brillante de nuestra historia literaria.

Pero aquel exclusivismo, que hemos procurado retratar con su propio colorido, al reflejarse en nuestra Península, no podia ser duradero: removidos con fecundo y alto espíritu los elementos constitutivos de la moderna civilizacion, era de todo punto imposible que la erudicion y la filosofía negasen en Francia la participacion que á España habia cabido en aquel desarrollo, sin esterilizar sus propias especulaciones, negando al propio tiempo la historia de la humanidad: desechando al cabo los preocupados juicios de los doctos, y aplaudiendo la hidalga franqueza de Corneille, de Moliere y de Voltaire, hánse consagrado á estas investigaciones muy respetables criticos en la presente centuria, con no es-

¹ Tratando Sismondi de esta influencia, decia como á pesar suyo: «On ne peut le méconnaître en France, où le grand Corneille se forma à l'école espagnole, où Rotrou, où Quinault, où Thomas Corneille, où Scarron, ne donnèrent presque au théâtre que des pièces empruntées de l'Espagne, où les noms et les titres castillans, où le moeurs castillanes, furent même pendant long temps en possession exclusive de la scène» (*Littérature espagnole*, XVII siècle, cap. XXXI). Corneille debia en efecto *Le Cid*, primera obra trágica que sale de su pluma digna de elogio, á Guillen de Castro, y *Le Menteur*, primera comedia digna de la posteridad, á don Juan Ruiz de Alarcon. Moliere se inspiró, al escribir su *École des Maris* en la *Dama discreta* de Lope, y no desconoció en su *Tartufe* el *Guárdate del agua mansa*, de Calderon. Rotrou siguió á Rojas y Zorrilla en su *Cain de Cataluña*, al escribir el *Wenceslao*; y por último, como ha consignado hidalgamente Philarète Charles en sus *Estudios sobre el teatro español*, la influencia de este fué decisiva en los ingenios franceses y de grande efecto en las costumbres.

casa fortuna y plausible entusiasmo.—Conceden sus compatriotas el principado y supremacia bajo el aspecto trascendental del arte y de las costumbres al docto Mr. de Villemaine, quien recorriendo la historia de la literatura clásica, estudiando la elocuencia de los Padres, y fijando sus miradas en el gran cuadro de la literatura de la edad media ¹, señalaba en verdad nuevos derroteros á la crítica, ejerciendo en la juventud francesa que le escuchaba, cual maestro, saludable y fructuosa influencia. Pero Villemaine no resuelve, como presumen sus discípulos y fuera apetecible, todas las cuestiones que afronta en sus estudios: muchas desflora, no pocas deja intactas y algunas oscurece, cuando piensa esclarecerlas, segun oportunamente advertiremos: su espíritu ilustrado domina sin embargo el ancho campo de la investigacion filosófica, y descubriendo con frecuencia las leyes y relaciones superiores de cada civilizacion, alcanza tambien á determinar á menudo las que rigen y señalan en cada pueblo su desenvolvimiento literario. Tal sucede en verdad respecto de los estudios que á España se refieren, si bien nos causa más de una vez verdadero disgusto el verle pasar someramente sobre la historia de la lengua y de la poesía castellanas, y el que descubiertos los principios á que se ajustan sus más importantes manifestaciones, parezca olvidar sus legítimas consecuencias, abandonando el sazonado fruto de sus especulaciones.

Á recogerlo en vario sentido, y con provecho de las letras españolas, han acudido otros no menos celosos cultivadores de la crítica, no sin que hayan tomado parte en esta singular restauracion notables historiadores. Dignos de nuestra gratitud son en este concepto los ilustrados MM. Romey, Rosseeuw de Saint-Hilaire y el conde de Circourt, quienes contribuyendo con sus doctas narraciones á revelar el espíritu de la nacionalidad española del otro lado de los Pirineos, han coadyuvado no menos activa-

¹ *Études de littérature ancienne étrangere; Tableau de l'Eloquence chrétienne au IV siècle; Tableau de la Littérature du moyen age en France, en Italie, en Espagne et en Angleterre.* El juicio sobre Villemaine que aquí exponemos, se refiere principalmente á la última obra, y con mayor especialidad á la parte que trata de España.

mente, cualquiera que sea el precio de sus aciertos y la magnitud de sus errores ¹, á restablecer el crédito de nuestros ingenios. Merecedores de consideracion y aplauso son asimismo, bajo el punto de vista literario, los renombrados Menechet, Duquesnel, Viardot, Dumeril, Philarète Chasles, Michel, Puigmaigre, Baret, Circourt (Adolfo) y tantos otros como ya accidentalmente, ya en especiales estudios, ora en curiosas monografias, ora en formales historias, han dado insignes pruebas de estimar en lo que vale la literatura española, ocupando entre todos puesto muy distinguido el juicioso Adolfo de Puibusque, cuyos trabajos han sido laureados por el Instituto de Francia. Su *Historia comparada de las literaturas española y francesa* y su Discurso preliminar á la elegante y correcta traduccion del *Conde Lucanor*, señalan la inmensa distancia que felizmente existe entre la crítica intolerante y sistemática de Boileau y de Montesquieu, y la crítica filosófica y trascendental del siglo XIX.

El movimiento de los estudios críticos se ha inclinado pues, así en Francia como en Alemania é Inglaterra, hácia los tesoros, antes desconocidos, de la hermosa literatura que inmortalizan don Alfonso el Sabio y el Arcipreste de Hita, Mena y Santillana, Lope de Vega y Cervantes, fray Luis de Leon y Rioja. Tuercen alguna vez su corriente majestuosa no justificadas miras, y malógranse

¹ Saint-Hilaire y el conde de Circourt han publicado además apreciables trabajos literarios, el primero sobre los orígenes de la lengua castellana (tesis del doctorado), y el segundo sobre los romances y poesía popular española. No olvidaremos aquí al profesor de historia de la Universidad de Leyden, Mr. R. Dozy, que dedicado há largos años al estudio de la española, dió á luz en 1849 sus *Recherches sur l'histoire politique et littéraire de Espagne, pendant la moyen age*, libro por más de un concepto apreciable, y donde ilustra importantes cuestiones, relativas á los primitivos monumentos de la poesía castellana. En ocasion oportuna nos haremos cargo de sus opiniones, que ora aceptamos, ora contradecemos, reñociendo siempre las altas cualidades críticas que á Mr. Dozy distinguen. La aparicion de su libro no ha sido pues indiferente para el desarrollo de la crítica, relativa á las cosas de España, ni estéril para nuestros estudios. Y lo mismo podemos asegurar respecto de su *Histoire des Musulmans d'Espagne*, que dada á luz en este año de 1861, llega á nuestras manos impreso ya el presente volúmen.

acaso sazonados estudios, sometidos y aherrojados la propia razón y el criterio mismo de la historia á ideas preconcebidas, como ha mostrado el muy diligente Damás-Hinard en sus eruditas ilustraciones á la traducción francesa del *Poema del Cid*, aspirando, tal vez inofensivamente, á despojarnos de toda nacionalidad literaria¹. Pero sean cualesquiera las individuales pretensiones de los críticos, el interés que engendra sus teorías y la desemejanza ú oposición de las mismas, surgen en medio de todas ellas la gran riqueza del ingenio español y la incalificable injusticia con que fué en otro tiempo vilipendiado. Estos hechos que aparecen tan claros como la luz del medio día, al paso que despiertan en nosotros el sentimiento de la gratitud, nos han llevado á utilizar todas aquellas plausibles tareas, en honra de la patria literatura y para alivio de las que hoy damos á la estampa. Ocasiones repetidas tendremos sin embargo de señalar los aciertos y los errores de tan doctos críticos con la imparcialidad, de que hacemos gala en todo linaje de estudios históricos. Observemos ahora que el ejemplo de la crítica extranjera ha sido de grande efecto dentro de la Península, si bien ha venido naturalmente á aumentar el compromiso de los que á su cultivo se consagran.

IX.

Bajo estas influencias y en este punto llegamos á la liza literaria: la erudición recorre inusitados senderos; la crítica abre á nuestra vista desconocidas regiones, y en nombre de la filosofía se ensayan opuestos sistemas, para buscar el principio supremo que armonice todas las oposiciones y desate todas las dudas, hermanando y fundiendo en uno los grandes intereses de la tradición y

¹ Aun cuando al publicar Mr. Damás-Hinard su traducción, consignamos largamente nuestro juicio sobre las aventuradas opiniones que sostiene (*Cronica y Revista Universitaria*), no será desacertado indicar aquí que las tendremos muy presentes en sus respectivos lugares. Damás-Hinard es uno de los literatos franceses que más decididamente se han consagrado al estudio de las cosas de España, y por lo mismo piden todas sus palabras mayor consideración y cautela.

del arte. Arduo por extremo es el empeño y excesivo el peso que echamos sobre nuestros hombros; pero si no podemos confiar en nuestras fuerzas y largos estudios, llamados desde la juventud á este linaje de tareas é investigaciones, animámonos la más viva fé y el más acendrado amor al arte, abrigando el convencimiento de que no han de ser de todo punto estériles nuestras vigilias, al examinar las producciones del ingenio español bajo todas sus fases y en todas las edades de su laboriosa y gloriosa vida. Porque tal es en nuestro concepto la primera y principal condicion de la *Historia crítica de la literatura* de un pueblo: si ha de comprenderse la ley fundamental de su existencia; si su índole interna y sus caracteres exteriores han de reconocerse y determinarse, tales como realmente aparecieron en cada época y bajo sus multiplicadas relaciones, necesario es no dejar la historia del ingenio español acéfala, y no mostrarse apasionados de las formas exteriores de ninguna edad, ni de ningún arte, por grande que haya sido y sea la antipatía que despierten en los doctos con su imperfección y su rudeza.

Se ha dicho antes de ahora y conviene aquí consignarlo. En una literatura donde no brilla y sirve de perpétuo faro una idea luminosa, un hecho de alta y fecunda moral, ó de vivificador patriotismo, que haya menester manifestarse y trasmitirse á las generaciones venideras por medio de ciertas formas de arte y de lenguaje, nada importa en verdad que sean estas más ó menos clásicas, ni que sea el estilo más ó menos alambicado ó sencillo, ni el lenguaje más ó menos delicado ó grosero. Fundados en estos principios, dicho está que se encaminarán todos nuestros esfuerzos á seguir y señalar los pasos del ingenio español, teniendo presentes cuantos elementos han contribuido á su nacimiento y desarrollo; quilatando sus triunfos y sus aberraciones; determinando las trasformaciones que sucesivamente ha experimentado; fijando sus caracteres en las diversas épocas de su larga vida; notando la influencia que ha ejercido en la literatura europea; y finalmente, vindicándole de injustas acusaciones, inspiradas por el desden, por la ignorancia ó por la envidia.

La poesía española, formada con los más diversos elementos, bien que subordinados á un pensamiento de unidad que caracteri-